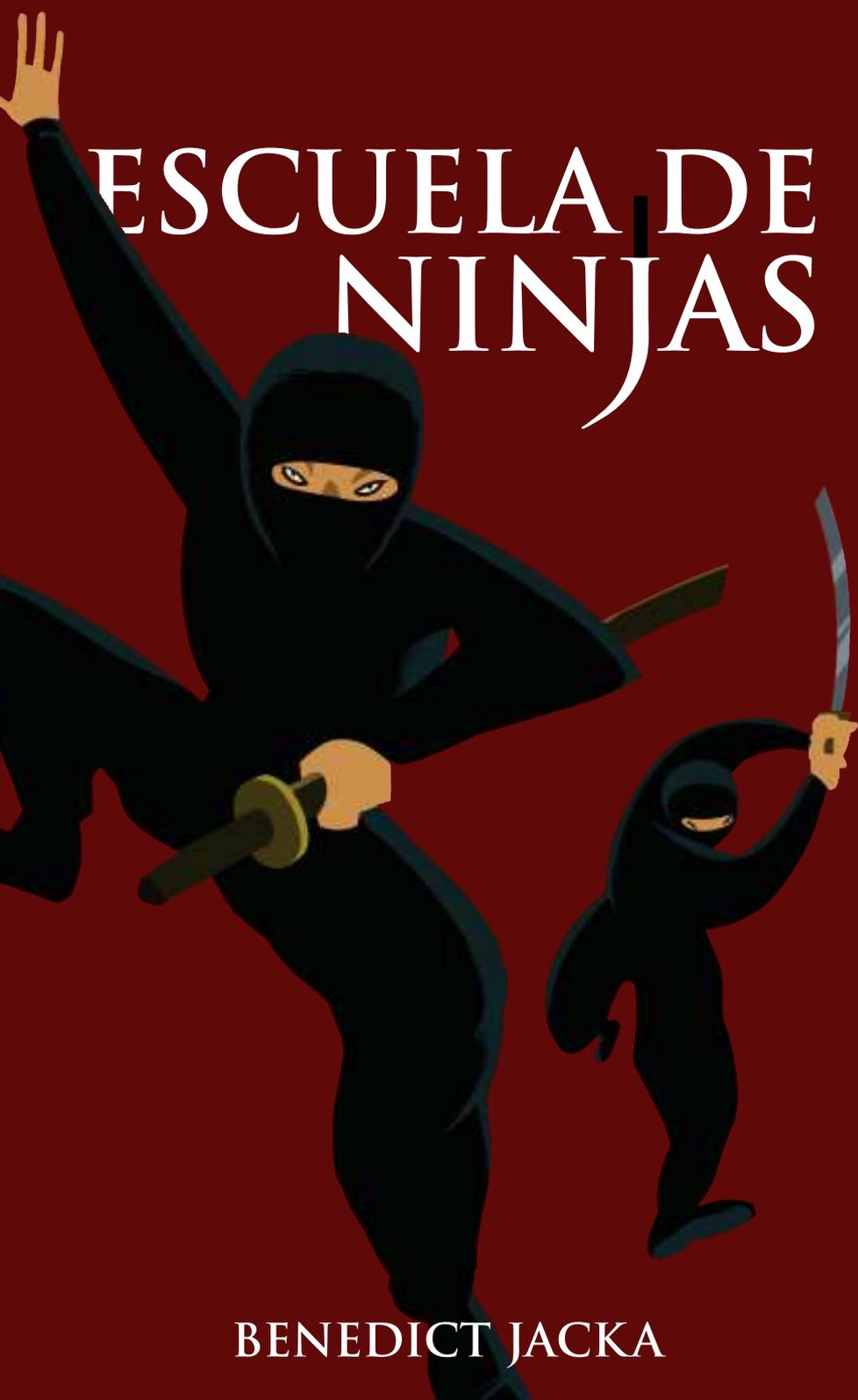


ESCUELA DE NINJAS



BENEDICT JACKA

BENEDICT JACKA

ESCUELA DE
NINJAS

ANAYA

PRELUDIO

LA ENTRADA AL BOSQUE

Ignis abrió la ventana corredera y se descolgó sobre la oscuridad del tejado. Gateó sigilosamente por la resbaladiza pendiente y, al llegar al borde, se asomó.

Justo debajo había una figura apoyada contra el muro. De no haber sido por el cigarrillo que tenía en la mano, su silueta habría quedado oculta por las sombras. Ignis sintió un picor en la nariz al inhalar el humo e inmediatamente reconoció el olor: era Pete. Probablemente tendría un arma, pero Ignis estaba seguro de que no se atrevería a usarla; al menos, no contra ellos. Procurando no hacer ruido, retrocedió un poco, se dio la vuelta y levantó un dedo.

Allandra le había seguido y se encontraba ya en el tejado, aguardando su señal. Al verla, se volvió hacia la ventana desde la que Michael, su hermano mellizo, la observaba con ansiedad. Allandra le hizo una seña.

Michael miró nervioso a sus hermanos. “¿Esperamos?”, musitó.

Allandra hizo un gesto negativo con la cabeza. Michael vacilaba. Allandra volvió hacerle señas con más apremio. De mala gana, Michael cogió un rollo de cinta adhesiva que tenía detrás y se lo puso a Allandra en la mano.

Ignis levantó la vista. Por el este, el cielo tenía ya un leve tono grisáceo, pero aún faltaba bastante para que amaneciera, y la casa y los bosques no eran más que un mar de sombras. Había llegado la hora de probar el plan de Allandra. Ignis se volvió hacia su hermana y asintió con la cabeza.

Allandra se giró y lanzó el rollo por encima de la casa. Fue dando vueltas por el aire hasta perderse en la oscuridad y, por un instante, no se oyó nada. De pronto, desde el otro extremo del edificio, les llegó un ruido sordo.

Ignis oyó cómo Pete contenía el aliento. Bajo el alero del tejado sonaron unos pasos leves pero decididos: Pete se dirigía al lugar de donde provenía el ruido. Rápido como una centella, Ignis saltó del tejado.

Aterrizó de golpe, a cuatro patas, pero la hierba húmeda silenció su caída. Rápidamente se hizo a un lado, y Allandra y Michael, dos pequeños bultos envueltos en penumbra, cayeron junto a él. Los tres corrieron hacia la avenida. Al pasar delante del Land Rover negro, Ignis miró hacia atrás, pero los árboles ocultaban la casa y no pudo ver ni rastro de Pete. Un segundo después, estaban ya en medio de la carretera, muertos de frío. Cuando la

mansión Tawelfan desapareció a sus espaldas, Ignis sintió que una oleada de euforia le recorría el cuerpo. Eran libres.

Por su tamaño, Rhosmaen apenas podía considerarse un pueblo: lo formaban una docena de casas encaramadas a las empinadas laderas del valle a ambos lados de una carretera. Por encima de ellas, unas colinas rocosas se alzaban sobre unos campos de labranza comidos por la maleza y unos bosques ralos; por debajo, el tenue brillo de un río asomaba entre los árboles que poblaban sus orillas. Delante de ellos, se divisaba, a lo lejos, la sombra de las altas colinas cubiertas de árboles en torno a las cuales se bifurcaba el valle.

Conforme avanzaban, el bosque se volvía cada vez más espeso. Aparte del sonido de sus zapatillas sobre la carretera, el único ruido que perturbaba el silencio del amanecer era el susurro del río que discurría más abajo, a su izquierda. Pasaron junto a una pista que conducía a una casa, de cuya verja colgaba un cartel que decía “Antigua vicaría” y otro, triangular y de color rojo, que contenía la siguiente advertencia escrita en inglés y en galés: “Peligro de desprendimiento”. Ignis, picado por la curiosidad, miró hacia arriba. Desperdigadas por las sombrías laderas de los montes se veían varias piedras de gran tamaño. No daba la impresión de que fueran a caerse de un momento a otro.

Michael miró hacia atrás y abrió la boca por primera vez. Aunque estaban solos, habló en voz muy baja: “¿Crees que nos pueden oír?”.

La carcajada que soltó Ignis retumbó en la gélida atmósfera. “Lo más probable es que Pete se haya vuelto a acostar”.

Allandra entrecruzó las manos detrás de la cabeza y se estiró. “Puede”. Luego se echó el pelo para atrás y añadió: “Pero será mejor que antes de pararnos nos alejemos todo lo que podamos”.

“¡Oh, venga!” Ignis bostezó y miró los árboles que los rodeaban. “Seguro que no se han despertado todavía”.

“Pete puede entrar en la casa para ver si estamos”, respondió Allandra. “Y a Tav puede darle por madrugar. No debemos confiarnos”.

Ignis se encogió de hombros. A Pete, a Tav y a Vargas no se les veía por ninguna parte, y ellos estaban ya en la carretera y eran libres. ¿A cuento de qué venía tanta prudencia? Pero como había sido el plan de Allandra lo que les había permitido escaparse, siguió adelante.

Conforme avanzaban, el cielo se iba aclarando, y de un tono gris pasó a otro azul oscuro. Las nubes que habían cubierto el cielo durante toda la noche se habían desvanecido y la atmósfera despejada se había llenado de relucientes estrellas. En lo alto las constelaciones resplandecían tenuemente, formando una intrincada maraña de puntos luminosos que se iban apagando a medida que

el cielo cobraba más brillo. Desde todos los puntos del horizonte, colinas y montañas que hasta entonces habían permanecido ocultas empezaban a emerger de la oscuridad. Al llegar al lugar donde el valle se bifurcaba, cruzaron un puente que atravesaba un río, dejando a mano derecha el cartel que señalaba el camino que conducía a la presa. Tomaron la carretera que ascendía por el valle que quedaba a su izquierda, y se internaron en el tupido bosque que cubría sus laderas. Las últimas casas del pueblo estaban ya bastante lejos, y el único testimonio de presencia humana era la carretera por la que caminaban.

“¿Qué has traído de comer, Michael?”, preguntó Allandra.

Michael rebuscó en sus bolsillos. “A ver..., una manzana, dos racimos de uvas —que están un poco espachurrados— y cuatro sándwiches. No, tres. Ah, y también una chocolatina”.

“¿De qué son los sándwiches?”.

“Uno de queso y los otros dos de atún”.

Allandra torció el gesto. “Odio el atún”.

“No ha sido fácil, me estaba vigilando”.

“Ya te dije que era a mí y no a ti a quien vigilaba. Por eso yo no pude coger nada”.

“Pues yo no me di cuenta de eso”, musitó Michael.

“Salgamos de la carretera”, dijo Ignis.

Habían llegado a un punto donde la carretera ganaba altura por la vertiente izquierda, alejándose cada vez más

del torrencial río que discurría encajonado en el fondo del valle. Ignis guio el descenso por la pendiente de tierra y granito hasta que llegaron a un lugar donde el río se estrechaba y podía cruzarse de un salto. El cielo era ya de un color azul metálico, las últimas estrellas de la noche titilaban al oeste y el valle empezaba a recobrar su colorido bajo los primeros rayos del sol.

Al llegar al fondo del valle comprobaron que se encontraban en la confluencia de dos ríos, cuyos cauces caían por la pendiente del valle formando una Y. En la intersección de la Y había una poza de unos quince metros de ancho donde se arremolinaba el agua, y, un poco más arriba, entre los dos ríos, un revoltijo de grandes piedras de granito que ponía el lugar a cubierto de la carretera que tenían encima. Entre ruidos de animales que salían huyendo a su paso, fueron abriéndose camino por la maleza hasta alcanzar las rocas.

“Mira, alguien ha estado aquí”, dijo Michael. En la hierba que bordeaba la poza había un círculo de tierra ennegrecida y restos de una hoguera.

“Puede que sea un lugar de acampada”, dijo Allandra muy animada. “Tal vez podríamos...”.

“¡Cuidado!”, susurró Ignis. Había visto el destello de un parabrisas entre los árboles que se alzaban por encima de ellos. Durante un instante, los tres chicos se quedaron paralizados. De pronto, con un rugido, apareció un Land Rover. El continuo rumor del agua les había impe-

dido oír el ruido del motor que se acercaba. Ignis se dio la vuelta y vio que Michael, paralizado por el miedo, estaba al descubierto en medio de la hierba, mirando hacia arriba. Lo empujó hacia delante con todas sus fuerzas. “¡Corre! ¡Baja!”.

Michael echó a correr por entre las rocas. Por un instante pareció que las rocas le harían resbalar y caer en el agua, pero, finalmente, su figura se perdió de vista al otro lado del río. Ignis y Allandra salieron como flechas detrás de él.

Sin quererlo, habían dado con el escondite perfecto: a tan solo unos centímetros de la tumultuosa agua de la poza había un pequeño prado rodeado de grandes piedras de granito. A izquierda y derecha las paredes de roca tapaban la vista a ambos lados, mientras que la curva que trazaba la pared izquierda los ocultaba de la carretera. La única forma de verlos era bajar de la carretera, cruzar el río y acercarse a las rocas a pie, igual que habían hecho ellos.

“¿Nos han visto?”, preguntó Michael preocupado.

“¡Si nos han visto, será culpa tuya por ser tan lento!”. Ignis le miró frunciendo el ceño. “¿Qué pasa, que estabas esperando a que te vieran?”.

“Eh, tranquilos”, se apresuró a decir Allandra. “Si nos hubieran visto, a estas alturas ya habrían salido del coche, y...”, añadió echando una mirada furtiva a su alrededor, “no parece que sea así”.

Ignis contempló con satisfacción la carretera desierta. “Ojalá se la peguen y se maten”.

“Espero que no hayan sacado también el otro coche”, dijo Michael mientras se sentaba. “¿Y si se acercan a echar un vistazo?”.

“Yo no me preocuparía”. Allandra se apoyó en una de las rocas y, sonriendo, añadió. “Podemos quedarnos aquí para siempre. Jamás nos encontrarán”.

“¿Entonces, podemos comer algo?”, preguntó Michael.

Allandra le echó una mirada de reproche. “Hay que racionar la comida. A lo mejor tenemos que pasar aquí varios días. Tal vez semanas”.

“Vale, pero yo tengo hambre ahora”.

“Bueno, está bien. Pero coge solo la mitad de un bocadillo. Y el de queso déjame a mí”, añadió mientras Michael se sacaba los sándwiches del bolsillo.

Ignis, entretanto, vigilaba. El Land Rover había desaparecido en dirección norte, siguiendo la carretera que se internaba en el bosque. Incluso para un vehículo de tracción a las cuatro ruedas como el Land Rover, las laderas del valle resultaban demasiado empinadas, y no había ningún tramo de bajada. Satisfecho, Ignis se dispuso a esperar.

Comieron, y luego bebieron del río de uno en uno, mientras los otros dos montaban guardia por si aparecían de

nuevo sus perseguidores. Al cabo de un rato volvió a aparecer el Land Rover, que regresaba desde el otro extremo del valle que se alzaba sobre ellos. A lo largo de la mañana lo avistaron otras tres veces, cruzando la carretera en una y otra dirección. Una de las veces se detuvo y tres figuras salieron para otear el valle desde la cresta de la pendiente, pero Ignis los divisó a tiempo, y los tres chicos se cobijaron detrás de las rocas hasta que se marcharon. El sol se encontraba ya bastante alto, pero apenas calentaba. Era uno de esos días otoñales, frescos y despejados, con un cielo de un azul tan intenso como el del huevo de un petirrojo, pero con sombras densas y frías.

A eso de las once, el Land Rover llevaba ya más de una hora sin aparecer. Ignis volvió a ponerse de pie para echar un vistazo. “Se han dado por vencidos”.

“Seguro que no”, opinó Michael con voz lúgubre.

“Probablemente crean que hemos ido en la otra dirección”, dijo Ignis. “Subamos hacia las colinas”.

“Si vuelven mientras estamos subiendo, nos verán”, dijo Allandra. “Mejor será esperar hasta que estemos seguros de que se han ido”.

Ignis se encogió de hombros. Le daba igual esperar allí o en cualquier otro sitio. Durante un rato, permanecieron sentados sin decir nada.

Allandra se recostó en una de las rocas y suspiró, “Ojalá hubiera traído mis libros”.

“Vamos a almorzar”, propuso Michael.

“No”, respondió Allandra con voz firme. “Hay muy poca comida. Tiene que durarnos lo más posible”.

“Pero yo tengo hambre”.

“Un fugitivo siempre tiene hambre. La gente que se escapa de la cárcel puede tener que estar días y días sin comer”.

“Nosotros no nos hemos escapado de la cárcel”, replicó Michael.

Ignis puso cara de desesperación, pero su hermana siguió hablando. “Pues claro que sí. Nosotros nos queremos escapar, ¿no?”.

“Sí”.

“Y ellos quieren impedirnoslo. O sea, que es una cárcel”, zanjó Allandra.

“No, no lo es”, respondió Michael. “Bueno, da igual, ya nos darán algo de comer cuando volvamos”.

“No vamos a volver”, le interrumpió Ignis.

“Vale, pero, de todos modos, cuando nos cojan nos quitarán la comida. ¿Qué sentido tiene que nos muramos ahora de hambre?”.

Ignis le lanzó una mirada asesina. “¿A qué viene eso? No sabes si nos van a coger”.

“Siempre nos cogen”.

“Pues esta vez no”.

“Eso es lo que dices siempre”.

Ignis entrecerró los ojos. “¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¿No te acuerdas de lo que ocurrió el año

pasado? Conseguimos escaparnos de la casa. Y durante tres días enteros ni se nos acercaron. Si hubiéramos escogido otro escondite, no nos habrían encontrado nunca”.

“¿Y qué me dices de las demás veces que lo hemos intentado en Londres?”. Michael se puso a contar con los dedos. “¿De la vez aquella en que Tav entró en la habitación justo cuando tratábamos de escapar por la ventana? ¿Y de la vez en que tú te tiraste desde la ventana, aterrizaste en una horqueta y te torciste un tobillo? ¿Y qué me dices de esa otra ocasión en que quisiste sacarnos por la puerta del lavadero? Cuando estábamos en mitad de la calle, nos topamos con Pete. Siempre ocurre lo mismo. Cogen a uno de nosotros y se acabó. Y acuérdate de cuando estábamos en Devon y tú y Ally pensasteis que bastaba con que saliéramos al jardín por la puerta de entrada. No tardaron ni dos horas en dar con nosotros y, cuando nos cogieron, Vargas estaba tan furioso que...”.

“¿Con que sí, eh? Vale, si tanto te fastidia estar aquí, ya sabes lo que puedes hacer”. Ignis señaló hacia el valle. “¡Vuelve, venga! Por la carretera se tarda solo una hora. ¡Así podrás comer hasta hartarte y no tendremos que estar escuchando tus quejas!”.

“¡No es eso!”, protestó Michael.

“¿Ah, no?”. Ignis sonrió malévolamente. “Me parece que desde el principio la idea de escapar te ha puesto los pelos de punta. De no haber sido por mí y por Ally jamás habrías tenido el valor de hacerlo. A lo mejor *quieres*

que nos cojan para así estar a salvo. ¿Por qué no nos ahorras un montón de problemas y te largas de una vez? De ese modo te portarás como un niño bueno y él estará muy contento contigo. A qué esperas, venga”. Ignis se puso a mover los brazos imitando a una gallina. “El pollito quiere volver al nido”.

Michael entornó los ojos. “Lo que pasa es que estás celoso. Sabes que es a mí y a Ally a quienes quiere. Si te persigue, es solo porque formas parte de la familia, no porque quiera que estés con él. Nosotros le importamos mucho más que tú”.

Ignis, en un arrebato de furia, se puso en pie de un salto y avanzó hacia su hermano. Michael, con el temor dibujado en el rostro, se levantó apresuradamente.

Allandra, echando chispas por los ojos, se interpuso. “¡Basta ya! ¿Te has vuelto loco, Ig?” dijo, señalando hacia la carretera. “Pueden estar aquí al lado. ¿Con tres hombres tratando de darnos caza, os dedicáis a *pelearos*? ¿En *qué* estáis pensando?”.

Ignis estaba hecho una furia. Lanzó una mirada colérica a su hermana y, haciendo un esfuerzo por contenerse, se dio media vuelta. Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio.

“La verdad es que Michael tiene razón”.

Ignis, sorprendido, se volvió hacia ella.

Allandra y Michael no parecían mellizos. Aunque los dos eran bajos y menudos, Allandra era un poco más alta

que Michael, y mientras que este tenía el pelo castaño claro, el de ella era rubio dorado. Sin embargo, *eran* mellizos; los dos tenían doce años y, además, eran inseparables. Ignis tenía un año más que ellos: era más alto, tenía los rasgos más afilados y el cabello más oscuro. La única característica que compartían los tres eran unos ojos rasgados y de un color azul claro. Eran esos ojos los que, enmarcados en el pálido rostro de Allandra, contemplaban con pesar a su hermano mayor.

Como Ignis no decía nada, Allandra bajó la vista y siguió hablando. “Michael tiene razón. Siempre nos cogen. Se me ocurra lo que se me ocurra, al final siempre acaban por cogernos”.

“Ally...”, dijo Michael con un temblor en la voz.

“¿Adónde quieres ir a parar?”, preguntó Ignis. “Yo, desde luego, no pienso rendirme”.

“No se trata de eso”. Allandra se apartó unos pasos y se quedó mirando la poza que se abría a sus pies. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba más sosegada.

“Esta vez no voy a regresar. No pienso hacerlo. Cueste lo que cueste. Es solo que...”. Se dio la vuelta y titubeó. “Si esta vez cogen a uno de nosotros, creo que los demás deberían seguir adelante”.

Los azules ojos de Michael se abrieron como platos. “¿No pretenderás que nos separemos?”.

Allandra asintió, y Michael sacudió enérgicamente la cabeza. “No, Ally, eso nunca”.

“Lo siento, Michael, pero no pienso volver. Esta vez, no”. Allandra clavó la vista en las turbulentas aguas de la poza, que, iluminadas por el sol, lanzaban destellos dorados. “Aunque yo...”. Hizo un gesto negativo con la cabeza. “Aunque nos separáramos, podríamos volver a reunirnos. Lo que has dicho es verdad, Michael. Siempre nos atrapan porque basta con que cojan a uno de nosotros para que los demás se den por vencidos”.

Michael, con el miedo reflejado en el rostro, sacudía la cabeza. “Pero ¿qué pasaría si cogieran a uno y los otros dos se escaparan? No, Ally, quítatelo de la cabeza, por favor. Y tú también, Ignis. Siento lo de antes. No hablaba en serio”.

Michael miró desconsolado a su hermana. Allandra le sostuvo la mirada y luego se agachó y cogió una piedra afilada.

“Mira”. Ante la mirada de Ignis, Allandra fue hasta donde estaba Michael y con la piedra marcó una línea en la pared de granito. “Ahora, haz tú otra que cruce la mía”.

Michael vaciló un instante, pero luego cogió la piedra y trazó una raya sobre el granito. Las dos rayas formaban una X.

“Perfecto”. Allandra dio un paso atrás. “Esto vale para los tres. Si nos separamos, volveremos a reunirnos en este mismo lugar. Esta señal es la promesa de que volveremos a encontrarnos”.

Michael seguía teniendo una expresión de tristeza en el rostro, pero asintió con la cabeza. Allandra le hizo una seña a Ignis. “Haz tú también una, Ig”.

Ignis hizo un gesto de indiferencia. “Qué importa eso. Voy a echar un último vistazo; después, nos ponemos en marcha”. Ignis se acercó a la pared rocosa, se aupó en ella y se topó cara a cara con un hombre.

Era un tipo bajo, aunque robusto, de rostro ajado y sin afeitar y pelo entrecano; su nombre era Pete. Al ver a Ignis, abrió desmesuradamente los ojos. Se dio la vuelta y gritó. “¡Eh! ¡Eh! Ya los ten...”.

Al retorcerse para tratar de agarrar a Ignis, sus pies patinaron sobre el granito. Con un aullido, resbaló por la pared de roca y se hundió ruidosamente en la poza.

Ignis bajó de un salto. “¡Corred!”, gritó.

Solo había una vía de escape. Bordearon atropelladamente la orilla de la poza, arañándose la piel y rasgándose la ropa con las densas matas de tojo que crecían entre los peñascos. Ignis alcanzó de un salto el siguiente nivel de rocas y luego ayudó a subir a Allandra. Un estrépito creciente de agua le hizo levantar la vista, y por vez primera vio el segundo de los dos ríos.

Envuelto en nubes de espuma, un torrente de aguas bravas discurría entre sucesivas hileras de puntiagudas rocas de granito y luego se perdía al doblar una loma. El agua chocando contra la roca producía un rugido monótono y constante. Al otro lado se extendía un tupido bosque,

pero la orilla en la que se encontraban estaba repleta de rocas desgastadas por el agua que se apoyaban las unas en las otras formando ángulos asombrosos. Ignis y Allandra se miraron un instante y luego continuaron subiendo.

Unas rocas de cerca de dos metros de alto les cortaban el paso. Agarrándose a los árboles y los helechos que crecían entre los peñascos, Ignis fue trepando y saltando de roca en roca. Al tener las piernas más cortas, Allandra avanzaba con más dificultad, pero se enfrentaba al ascenso con determinación. Justo detrás, iba Michael. Al llegar a un saliente plano, Ignis se detuvo y miró las aguas que rugían a su derecha.

Allandra tiró a Ignis del brazo y señaló hacia atrás. Pete se acercaba gateando por la primera pared rocosa. Estaba empapado y parecía muy furioso.

Ascendían lentamente por el valle, trepando por unos bloques que cada vez eran más grandes. Aunque Pete les ganaba en robustez, era mucho menos ágil que ellos, y siempre que Ignis se daba la vuelta para mirar hacia atrás, veía la fornida figura de su perseguidor más lejos. Por un instante pareció que lo iban a lograr.

Entonces, Ignis miró al frente y vio algo que hizo que el alma se le cayera a los pies. Delante de ellos, a unos quince metros, había otro hombre; era Tav, el segundo lugarteniente.

Ignis, Allandra y Michael se detuvieron junto a una roca puntiaguda de tres metros de alto que apuntaba ha-

cia arriba como si fuera un puñal. La pendiente que quedaba a su izquierda era demasiado empinada para escalarla. Estaban atrapados.

“Ignis”, dijo Allandra en voz baja.

“Ya lo sé. Hemos llegado al final del camino”. El rugir del torrente ahogó la carcajada que soltó Ignis. En cierto modo, el hecho de que les hubieran cortado su única vía de escape simplificaba bastante las cosas. El estruendo del agua cantaba para él y le llenaba de una energía salvaje. Ya solo quedaba resistir con uñas y dientes, luchar hasta el último aliento. “Yo me ocupo de Tav. Si consigo distraerle, tal vez tú y Michael tengáis una oportunidad”.

“No. Podemos cruzar todos”.

Ignis miró sorprendido a Allandra. Estaba señalando a las aguas del río, que rugían salpicando espuma. A un par de metros de donde se encontraban, el furioso torrente se quebraba entre dos o tres bloques de piedra; la distancia que había entre ellos permitía saltar de uno al otro.

Ignis contempló boquiabierto el río. “¿Hablas en serio?”.

Michael siguió sus miradas y también él se quedó con la boca abierta. “¡De ninguna manera! ¡No puedes estar pensando en ir por *ahí!*”.

“Habló muy en serio”. Allandra observaba atentamente el río, planeando una estrategia. “Bastará con tres saltos. Son solo dos rocas”.

“¡Te has vuelto local!”, grito Michael. “¡Te vas a matar!”.

“Podemos hacerlo. Además, es la única salida”.

“No”, dijo Michael sacudiendo la cabeza. “No pienso hacerlo, Ally. ¡Esto se ha acabado!”.

Una voz gélida llegó desde arriba. “Tú lo has dicho”.

El hombre que se encontraba en lo alto de la pendiente saltó sobre la primera roca, agarró la rama de un árbol y, tras columpiarse un instante, aterrizó en el suelo. A pesar de su corpulencia, se movía con la agilidad de una pantera. Tenía también el cabello castaño oscuro y el mismo rostro anguloso de Ignis, y sus ojos azules echaban chispas mientras los miraba. Ignis retrocedió hasta donde estaban Allandra y Michael; el odio y el miedo luchaban en su interior.

Aquel hombre se llamaba Vargas Havelock, y era su padre.

“Se suponía que esto eran unas vacaciones”. Hablaba con voz firme y severa. “Unos pocos días de descanso antes de que tuvierais que regresar al colegio. Pero ahora, en vez de esperar hasta mañana, habrá que volver a casa esta misma noche, y yo tendré que cancelar todos los planes que había hecho para hoy. Con esta bromita vuestra, me habéis hecho perder una semana de trabajo. No tenéis ni idea del follón en que os habéis metido”.

Ignis trató de imprimir a su voz un tono desafiante. “No vamos a volver”.

Vargas clavó sus gélidos ojos en Ignis, que, a pesar de la furia que sentía, no pudo evitar estremecerse. “Sí que volverás, Ignis”, dijo Vargas, escupiendo cada palabra. “O vuelves a casa o vas a parar a ese río. Pero, créeme, no tienes más opciones”. La mirada de Vargas se volvió bruscamente hacia Allandra, e Ignis sintió cómo su hermana temblaba a su lado. “Y luego os vais a venir los tres a Londres conmigo. Hoy ya no tengo tiempo para más niñerías”.

En ese momento llegaron jadeando Pete y Tav y se colocaron detrás de Vargas. El áspero rostro de Pete lucía una mueca muy desagradable. “Malditos enanos”, gruñó. “Os voy a dar una lección que no olvidaréis en vuestra vida”. El padre de los chicos alzó la mano, y Pete se calló. Los tres niños permanecían inmóviles, como pájaros hipnotizados por una serpiente.

Cuando Pete y Tav avanzaron hacia ellos, Allandra se giró y, dando un salto desesperado, se lanzó sobre la primera de las rocas. En un primer momento patinó, pero luego consiguió agarrarse con ambas manos. De inmediato, se dio la vuelta y gritó, “¡Michael, Ig! ¡Venga!”.

Ignis miró a Michael y vio que vacilaba. Michael hizo un gesto negativo con la cabeza y comenzó a andar hacia su padre. Tav le agarró. “¡Michael!”, chilló Allandra entre rociadas de espuma que le azotaban el rostro.

Vargas avanzó con los ojos ardiendo de furia. Ignis dio un paso hacia él, pero Vargas lo apartó de un golpe,

haciéndolo caer hasta la orilla. “¡Allandra!”, gritó. “*¡Vuelve aquí inmediatamente!*”.

Lanzando un gruñido, Ignis volvió a ponerse en pie. En medio del río, Allandra se levantó tambaleándose y se volvió hacia la segunda roca. Era bastante pequeña y la superficie estaba tan mojada que lanzaba pequeños destellos.

“¡Ally, no lo hagas!”, gritó Michael.

Allandra pegó un salto.

Aterrizó en la roca de lleno, con ambos pies, y, por un instante, Ignis creyó que lo había conseguido. Pero perdió el apoyo y se desplomó sobre la piedra resbaladiza. En el último momento, logró agarrarse a la roca con los brazos mientras sus pies resbalaban hasta quedar dentro del agua. Ignis la vio abrir la boca y lanzar un grito, pero su sonido quedó ahogado por el rugir de la corriente.

Michael no paraba de chillar mientras intentaba zafarse de Tav y acercarse a su hermana. La atención de todos estaba concentrada en el combate que libraba Allandra en medio del río. Ignis comprendió que le había llegado el momento de escapar: nadie estaría pendiente. Arrastrada por la agitada corriente, Allandra resbaló un poco más.

Ignis se preparó para saltar. Tomó impulso y, pasando al lado de Vargas, fue a caer de pie en el primer bloque de piedra. De pronto se vio envuelto en un torbellino de agua. La espuma le azotaba la cara, casi cegándolo. Te-

nía a Allandra a tan solo un metro. Ignis se dispuso a saltar de nuevo.

“No te preocupes por mí”, gritó Allandra con una voz apenas audible debido al estruendo del río. Los dos se encontraban sobre unos diminutos islotes en medio de las rugientes aguas, envueltos en oleadas de espuma. Ignis vio cómo los dedos de su hermana se iban soltando uno a uno. Allandra alzó la cabeza. “¡Ignis! Coge a Michael y...”.

Allandra se soltó y desapareció en el torrente. Con un grito mudo, Ignis se zambulló tras su hermana y logró agarrarla del brazo mientras la corriente los arrastraba hacia un enorme peñasco. Un segundo antes de que chocaran, Ignis echó a un lado a Allandra para protegerla. Las aguas lo precipitaron contra la roca, y se golpeó fuertemente en la cabeza y la espalda. Vio una explosión de estrellas, y después, se le nubló la vista.

Un frío gélido agarrotaba el cuerpo de Allandra. Tanto ella como Ignis se vieron empujados cabeza abajo hacia el fondo del río, y Allandra, envuelta en una nube de burbujas, creyó ahogarse. Cuando su cabeza volvió a salir a la superficie, trató desesperadamente de coger aire, pero antes de que pudiera hacerlo, la corriente volvió a succionarla, golpeando sus piernas y sus brazos contra las afiladas aristas de la rocas.

Se aferró a Ignis con desesperación mientras trataba de agarrarse con el brazo que tenía libre a alguna de las

rocas que pasaban junto a ella, pero la corriente la hacía girar demasiado deprisa. El mundo se había convertido en un caótico torbellino de agua, espuma y ruido. Entre choques, golpes y raspaduras que le magullaban todo el cuerpo, Allandra avanzaba arrastrada por la corriente como si fuera una muñeca de trapo, mientras sus ojos atrapaban fugaces imágenes de los árboles, la tierra y el cielo.

De repente, la corriente aminoró su fuerza y Allandra se encontró flotando a la deriva en una amplia poza. A su lado, pesado e inmóvil, flotaba Ignis, con los ojos cerrados. Allandra se aferró a las rocas de la orilla para ver si podían mantenerse los dos a flote, pero aquel terrible frío le había robado todas sus fuerzas. El mundo parecía haberse vuelto un lugar oscuro y lejano, y los contornos de la orilla que tenía justo delante empezaron a volverse borrosos. Hizo un último intento de incorporarse, pero, finalmente, se dejó atrapar por el gélido abrazo del agua.

Entonces surgió una mano que la agarró con fuerza. Tosiendo y jadeando, Allandra fue izada de la poza. Luego le pareció entrever que Ignis también era sacado del agua y depositado en la hierba mullida. Una figura se inclinaba sobre ella.

“Dentro de unos minutos estarán aquí”. Era una voz serena. “Quédate quieta y te encontrarán”.

“¡No!”, jadeó Allandra. A continuación, agarró a la persona que se agachaba sobre ella y, entre toses, alcanzó a decir: “No deje que nos encuentren. Tenemos que

llegar a algún lugar seguro. Ayúdenos..., por favor”. A Allandra se le nubló la vista y el mundo se desvaneció. Lo último que vio fue un extraño par de ojos azules que la contemplaban.

Cuando Pete y Vargas llegaron a la poza, Allandra e Ignis ya no estaban allí.